

Recibido: 19 de diciembre de 2008.

Aceptado: 25 de mayo de 2009.

UNA RÉPLICA A LA NARRATIVA PEDAGÓGICA ANTIJESUÍTICA: *LOS CABALLEROS DE LOYOLA* (1929) DE RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

FERMÍN EZPELETA AGUILAR

Universidad de Zaragoza

Resumen

Rafael Pérez y Pérez, autor de un tipo de narrativa popular de extraordinario éxito durante varias décadas, plasmó de forma insistente en sus primeras novelas algunas inquietudes pedagógicas que brotan de su profesión inicial de maestro de escuela. Una de ellas, *Los caballeros de Loyola* (1929), se adscribe a la novelística de internados religiosos, subgénero éste que ofrece muestras muy representativas en la narrativa europea y que también es cultivado en España con profusión. Esta novela supone así una réplica a la mayor parte de esa literatura en la que se ponen en cuestión los modos pedagógicos de las órdenes religiosas, particularmente la de los jesuitas. Por la fecha de composición, la obra puede inscribirse en la resaca de la polémica suscitada por la publicación de *El obispo leproso* de Gabriel Miró, paisano del autor. Esta pieza de Pérez y Pérez, aun respetando la mayor parte de las marcas que presentan las novelas de formación de este subgrupo de narraciones, se decanta hacia el modelo de tesis, con defensa sin paliativos de la pedagogía jesuítica.

Palabras clave: Rafael Pérez y Pérez, jesuitas, pedagogía, internados religiosos.

Abstract

Rafael Pérez y Pérez wrote a kind of popular narrative enormously successful for several decades. In his first novels, he managed to transmit most of the pedagogical restlessness that sprang up from his early years as a schoolteacher. One of those novels, *Los caballeros de Loyola* (1929), can be included in the subgenre of novels in which the action takes place in a religious boarding school. This particular subgenre includes some very representative texts in European literature and, more specifically, in Spain. This novel, then, replies to the greater part of that literature in which the pedagogic modes of religious orders, particularly the Jesuits', are questioned. Taking into account its date of composition, the text can be said to participate in the aftermath of the publication of *El obispo leproso*, by Pérez's townsfolk novelist Gabriel Miró. However, Pérez's novel, even though it shares most of the essential characteristics of the aforementioned nar-

rative subgenre, is different from it in that it follows a thesis-like pattern and in that it strongly defends Jesuitic pedagogy.

Keywords: Rafael Pérez y Pérez, Jesuits, pedagogy, boarding schools.

Pedagogías narrativas

Una obra como *Los caballeros de Loyola*¹ pasa inadvertida en medio de la abundosa producción novelística (en 131 novelas cifra Dolores Azorín² el total editado por el autor) de este escritor alicantino que representa el paradigma de un tipo de literatura popular que circula por senderos rosas en fusión constante con esquemas de novela histórica en las que no falta nunca el montaje de tramoyas exóticas³. Rafael Pérez y Pérez (Cuatretondeta, 1891; Alicante, 1984) deja traslucir, sin embargo, en esta obra aspectos de su bagaje profesional como educador (fue maestro de escuela e inspector de Primera Enseñanza hasta 1958, fecha de su jubilación), al par que vierte bien a las claras una concepción del mundo inequívoca, al responder por vía literaria a la polémica jesuítica⁴.

No hay que olvidar que toda su primera experiencia docente en la escuela rural la dejó plasmada en dos narraciones pedagógicas escritas en tiempos de juventud aunque editadas más tardíamente, en las que transcribe su experiencia de maestro de la nueva hornada en los años veinte. Tanto en *Levántate y anda* (1925) como en *El último cacique* (1927) da cuerpo al personaje principal convertido en maestro y maestra respectivamente, con pretensiones regeneradoras en ambientes rurales caciquiles⁵.

¹ Publicada en 1929 en Madrid por la editorial «El Siglo Futuro» en dos volúmenes, el último de los cuales figura en posteriores ediciones con el título *La gloria de amar*. Se localiza más fácilmente por la edición de 1934 que manejo: Rafael Pérez y Pérez, *Los caballeros de Loyola*, Barcelona, Juventud, 1934.

² María Dolores Azorín, *La obra novelística de Rafael Pérez y Pérez*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1983, pág. 75. Se trata del libro que estudia la obra de conjunto del escritor alicantino.

³ María Dolores Azorín señala dos modalidades narrativas básicas: modalidad rosa-contemporánea y modalidad histórica (*op. cit.*, pág. 79), con éxito extraordinario durante tres décadas a partir de 1930.

⁴ Recuérdese la enconada polémica en torno a las pedagogías jesuíticas suscitada tras la publicación en 1926 de *El obispo leproso* de Gabriel Miró. Polémica periodística de seis meses de duración que costó a Miró un sillón en la Academia (Carlos Ruiz Silva, «Introducción» a *Niño y Grande*, Madrid, Castalia, 1987, pág. 24). O la anterior, tras la publicación de *A.M.D.G.* por Pérez de Ayala en 1910, y más atrás, la suscitada por el estreno de *Electra* de Galdós.

⁵ Estas dos novelas trasponen de modo realista la condición social de magisterio rural a la par que dan cuenta del idealismo pedagógico de su autor en tanto que joven maestro rural (comunicación leída por Francisco Canes Garrido, *viii Congreso Internacional Historia de*

La propuesta de Rafael Pérez y Pérez en *Los caballeros de Loyola* supone un hito más, bien es cierto que poco conocido, dentro de la serie de internados jesuíticos⁶, y una réplica a un tipo de literatura anticlerical con unas marcas comunes. El espacio novelesco es conocido: el colegio jesuita de Orihuela, por lo que supone un guiño a la novelística de su paisano Gabriel Miró, sobre todo a las novelas *Niño y Grande* (1922) y *El obispo leproso* (1926). Tampoco olvida A.M.D.G. (1910), de Pérez de Ayala, ni *Mirando a Loyola* (1913), de Julio Cejador, con algún parecido esta última en su título y en el intento común de fundamentar con documentación la materia narrada⁷.

El escritor, al que no se le puede negar el honor de contar con la producción literaria de mayor éxito en ventas durante los años treinta y aun las dos

la Cultura Escrita, Universidad de Alcalá, SIECE, 2005). Ver además la novela de J. Lillo Rodelgo, *Clara Angélica*, Madrid, Magisterio Español, 1926; o la narración de Antonio J. Onieva, *Entre montañas (la novela de un maestro rural)*, Madrid, Magisterio Español, 1922. Rafael Pérez y Pérez inserta la cuestión de la escuela dentro del problema del caciquismo, en sintonía además con los artículos periodísticos sobre el asunto del mal caciquil que el autor dejó estampados en el *Diario de Alicante* entre 1914 y 1916. Dolores Azorín sostiene que en torno a esas fechas podrían haber sido escritas esas dos pedagogías narrativas de Pérez y Pérez (*op. cit.*, pág. 14), aunque se publicaran más tarde, con ocasión del lanzamiento del premio por «El Magisterio Español» en las convocatorias de 1926 y 1927. Serían novelas muy próximas a la experiencia real del autor como maestro rural en la localidad de Guardia de Tremp (Lérida), desde 1918 a 1921; y en La Muela (Zaragoza) desde 1921 hasta 1923, fecha esta última en la que gana plaza de maestro titular en oposiciones celebradas en Zaragoza. En ellas se impugnan, en definitiva, los usos escolares rurales con una retórica muy cercana a la de la prensa profesional del magisterio de la época. Antecedentes novelísticos en los que se asocia el caciquismo a los males de la escuela rural son *Doña Mesalina* (1910) de José López Pinillos y *Escuela es amor* de Tomás Lucas García, Salamanca, Revista Ilustrada. Imprenta Artística, 1911.

⁶ Ver, para las novelas de internados, las páginas de nuestro libro, resumen de tesis doctoral: Fermín Ezpeleta, *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española (1875-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, págs. 89 y ss., correspondientes al capítulo tercero, «El internado religioso». Ver además el libro de José Luis Molina Martínez, *Anticlericalismo y literatura en el siglo XIX*, Murcia, Servicio de Publicaciones, Universidad, 1998 (especialmente, dentro del capítulo cuatro, el apartado «Jesuitismo y Literatura»).

⁷ La narrativa de internados tiene en época naturalista ejemplos significativos como la novela de Alejandro Sawa, *Criadero de curas* (1888), Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1999, en espacio de seminario; de José Zahonero, *Barrabás* (1890), Madrid, La España Editorial, 1890, en colegio «lazarista». Hay que consignar en esta época la novela antijesuítica de Dionisio Pérez Gutiérrez, *Jesús (memorias de un jesuita novicio)*, Madrid, Pueyo, 1932 (1898). Las novelas de contenido antijesuítico de las dos primeras décadas del xx hilvanan una serie que arranca en la novela de Gabriel Miró, *Los amores de Antón Hernando* (1909), con definitiva versión posterior en *Niño y Grande* (1922); A.M.D.G. (1910) de Pérez de Ayala como paradigma, y las novelas de Oleza (*Nuestro Padre San Daniel*, de 1921; y *El obispo leproso*, de 1926) del propio Miró. Pueden añadirse otras muestras menores del subgénero como *Mirando a Loyola* (1913) de Julio Cejador, Madrid, Renacimiento, 1913; *La vida en los conventos y seminarios (Memorias de un colegial)*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1915, de Luis Astrana Marín. O, de Joaquín Belda, *Los nietos de San Ignacio*, Madrid, Biblioteca Hispania, 1921 (1916).

décadas posteriores⁸, es capaz de mostrar el funcionamiento de la orden en los colegios, desde un punto de vista contrapuesto al habitual, manteniendo un estilo ágil, sin llegar nunca a la maestría de los grandes. Se trata pues de una coninterpretación de la sátira al uso, con la pretensión de desmontar los puntos que él considera «leyenda negra antijesuítica»⁹. Todos los recursos narrativos van encaminados a dar esa réplica contundente, respetando, eso sí, las principales marcas del género, una de las cuales es el bosquejo de un perfil del escolar próximo al artista adolescente¹⁰.

Artista adolescente

El tono de la novela es inequívocamente realista¹¹, aunque se sirva de algunos recursos expresivos habituales en la modalidad literaria, tales como las retrospectivas, el manejo ágil de la elipsis, la inserción de cartas, pero sin invadir nunca los terrenos de la llamada novela lírica, donde confluyen las mejores piezas de la serie. El perfil del discente, muy cercano al artista adolescente de los personajes hermanos de las otras novelas, no llega a ser sancionado, como sí ocurre en *A.M.D.G.*, por un narrador que inserta el diario o cuaderno de apuntes en primera persona¹².

En todo caso, la novela se plantea ajustada al esquema de *Bildungsroman*, con derivación tímida hacia *Künstlerroman*, con un protagonista, niño-adoles-

⁸ Ver datos estadísticos analizados en el apéndice final del libro de María Dolores Azorín.

⁹ Andrés Amorós, en su «Introducción» a *A.M.D.G.*, Madrid, Cátedra, 1995, 5.^a ed., pág. 27, da cuenta de una tradición literaria antijesuítica operativa desde principios del siglo XVII, y que en época naturalista tenía uno de sus exponentes en la traducción de la novela de Octavio Mirbeau, *Sebastián Roch* (*op. cit.*, pág. 27); o en escritos de miembros de la propia orden como el padre Miguel Mir (1896) o Pey Ordeix (1906); o en escritos periodísticos insertos en el periódico *El Motín*. M. Ruiz Funes en su «Introducción» a *El obispo leproso* (Madrid, Cátedra, 1989) señala esquemáticamente la trayectoria literaria antijesuítica desde sus comienzos. El libro de Molina Martínez ayuda a matizar los hitos del siglo XIX.

¹⁰ Tal vez la novela de Joyce *Retrato del artista adolescente* (1914) represente el paradigma de esta caracterización en este tipo de novelas, dentro del ámbito europeo.

¹¹ En entrevista concedida por el autor a Dolores Azorín en 1975 insiste en el componente realista de su novelística: «En el caso de mis novelas de ambiente contemporáneo, me atrevería a decir que son “realistas” gran parte de ellas y embellecidas hasta idealizarlas» (Dolores Azorín, *op. cit.*, pág. 148).

¹² El expediente narrativo del cuaderno de colegial, propio del subgénero en las muestras de la literatura europea, no se lleva hasta sus últimas consecuencias en la novelística española de internados religiosos. Aun así se utiliza parcialmente en buena parte de las obras de la primera década del XX, de autores como Azorín (*Confesiones de un pequeño filósofo*, 1904: Madrid, Espasa-Calpe, 1994, 8.^a ed.), en internado escolapio; Rafael Sánchez Mazas (*Pequeñas memorias de Tarín*, 1915: Barcelona, Ediciones Península, 2005) en internado de los Sagrados Corazones; Pérez de Ayala (*A.M.D.G.*), en internado jesuita; o Federico Carlos Sainz de Robles (*Mario en el foso de los leones*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1925), en un seminario castellano.

cente, sensible, paladeador de sensaciones (arte, paisajes, religión) que, junto a algún otro compañero de brigada o de terna, tiene, como decimos, una cierta proyección artística¹³, en este caso por vía de la piedad, como acontece también con el protagonista de *Mario en el foso de los leones* (1925) de Sainz de Robles. Es siempre el narrador imperativo el que lleva adelante el relato, con una voz que redondea la tesis pedagógica defendida.

Ya en la primera visita al colegio de Santo Domingo, en el capítulo tres, el narrador presenta al estudiante Gonzalito con «precoces ojos de artista enamorado de la Naturaleza» (pág. 48). Más tarde, en el aposento del Padre Gándara, aparece contemplando la belleza exuberante de una naturaleza que se matiza en medio del crepúsculo, ofrecida así por el narrador:

Frente a la puerta de entrada al aposento del Padre Espiritual, que cuando estaba abierta permitía ver el magnífico aspecto de la galería, un ventanico encristalado cayendo a la huerta mostraba un retazo de cielo enrojecido por la refracción crepuscular, el tupido ramaje de los eucaliptos, y destrenzándose como flotantes cabelleras (...) y, como islotes de un mar siempre en calma, los típicos palmerales, al noria cercada de moreras, el naranjal adornándose con sus pendientes de oro (págs. 69-70).

El Padre Gándara presenta al nuevo escolar ante los demás profesores como «un niño muy impresionable, muy nervioso, y el pobrecito ha sufrido hoy grandes emociones. A estas criaturas hay que tratarlas con cariño» (pág. 72). Más adelante, se insiste en la misma idea al considerar al protagonista como «una almita infantil dotada de una fina sensibilidad» (pág. 82). Y, en efecto, el muchacho va a tener ocasión de cultivar sus facultades en un medio en el que brotan de modo natural adolescentes que convierten la experiencia religiosa en arte:

Había almitas exquisitas que, tan niñas, avaloraban ya los más delicados matices, almas comprensivas que sufrían y amaban intensamente, que paladeaban el bien y la belleza con suavísima delectación, almas predestinadas, almas escogidas por Dios para escalar las cumbres de la santidad (pág. 85).

Las dificultades de aclimatación al nuevo medio son extraordinarias¹⁴, pero el muchacho forma parte de la terna mejor del colegio («sin duda

¹³ En las muestras del subgénero el héroe se refugia no pocas veces en la literatura para exorcizar la influencia negativa del recinto académico. De ahí que tienda a convertirse en un «artista adolescente» ávido de asimilar enseñanzas literarias para poder redactar sus propias memorias escolares.

¹⁴ Las primeras impresiones no resultan casi nunca alentadoras, dado que el escolar es arrancado de su ámbito familiar natural. Es normal así que estas novelas incidan en el desgarramiento afectivo del adolescente. El caso más extremo es *Barrabás*, de José Zahonero, con un escolar-niño, de muy corta edad, que finalmente sucumbe a la presión del espacio carcelario.

alguna, eran las tres almas mejor dotadas de aquel grupo de colegiales», pág. 95). Uno de ellos, Ferreiro, aparece descrito como pintor en embrión; el segundo, Víctor, como «buen catador de bellezas» (pág. 96).

El novelista focaliza el periodo de aprendizaje escolar de un niño representativo de la nobleza española más acrisolada. La familia de los marqueses es dueña de una mansión con criados, con olivares y otras posesiones y tiene en el heredero Gonzalo (nombre evocador de recio pasado noble) puestas las esperanzas de que la vieja raza continúe su transmisión. Pero falta el padre, muerto en la guerra de África, y con diez años, el niño vive al aire libre «hecho un salvaje». En el capítulo primero, «Las andanzas de Gonzalito», aparece el muchacho en la almazara familiar a punto de provocar una desgracia. El episodio da pie a la decisión (similar al modo en que se explica en *El obispo leproso* el ingreso de Pablo en el internado de Santo Domingo) de mandar al niño a los jesuitas de Orihuela. El tío, benefactor, escritor y soltero, ha regresado de América para tomar las riendas de las posesiones y para contribuir a la educación del vástago.

Este primer capítulo enseña a las claras la intencionalidad pedagógica de la obra, al cotejar los distintos internados posibles: los franciscanos de Onteniente a dos horas en auto del pueblo natal, Marafí:

La señora evocaba, sin duda, la visión del conocido colegio donde se educa la juventud de todo un radio determinado. Asentado en una altura, con su parque lleno de pinos, sus aulas grandes, blancas y alegres; sus espaciosas camarillas, sus grandes ventanales empapándose del azul del cielo y del oro del sol (pág. 17).

Mejor, los escolapios; pero mucho mejor, los jesuitas por los que definitivamente apuesta la Marquesa, dado que su marido se educó con ellos, y en tanto que allí se imparte «una educación integral y completa; la inteligencia, la formación de la piedad, los buenos modales...» (págs. 18-19)¹⁵.

La *leyenda negra* que se cierne en torno a la Compañía de Jesús es para la marquesa prueba de la valía educativa de los Padres. «Mucho deben valer

¹⁵ Así se transcribe, a través del narrador de la novela *Barrabás* de José Zahonero, la opinión acerca de los valores educativos de las distintas órdenes: «Los lazaristas no se vanagloriaban de ser pacientes y afables con los niños, cualidad con la cual se honran los padres de las Escuelas Pías de la orden fundada por San José de Calasanz, ni hacían mucha gala de aristocráticos, al modo que quieren serlo a veces los jesuitas; extremaban el rigor en la enseñanza, y eran en ocasiones sobremanera toscos; sin embargo, sus rigores y su aspereza, daban a veces en un desprecio, en un abandono muy parecidos a la indolencia y el descuido, de aquí que Juanito, como otros muchachos cuya debilidad o cuyo travieso e inquieto carácter, oponían resistente negación a las imposiciones del reglamento y el método irracional y abrumador de la enseñanza, llegaron a disfrutar a veces de mayor libertad que sus compañeros» (pág. 417).

cuando tan furiosamente se los combate» (pág. 18). Así que el niño ingresa definitivamente en el Colegio de Santo Domingo de Orihuela tras la visita previa de inspección, acompañado de madre y tío. Se glosa el desgarrar de la entrega del muchacho al internado, después de la visita de rigor por las dependencias y los cambios de impresiones con algunas de las personas que aparecerán posteriormente (el Padre Prefecto, Benavente o el escolar Sierra). El muchacho ha cumplido así el primer paso dentro del esquema narrativo del *Bildungsroman* clásico: la salida, el viaje iniciático, como primer hito de crecimiento, toda vez que la pataleta de los primeros días está a punto de impedir su aclimatación. A partir de este momento, se profundiza en el cuadro de costumbres escolares.

Costumbres escolares y tipos

El capítulo tercero suministra los primeros datos sobre los edificios escolares y su organización. Colegio que acoge a ciento ochenta internos, organización por brigadas; alusión al Museo de Antigüedades; descubrimiento del Gimnasio a cargo de Gonzalito. Se alude al uniforme, compuesto de dos trajes («uno azul marino para vestir; otro, gris para diario»). Definida la terna de la que forma parte, muy pronto se transcribe la relación con los otros escolares, presentados, al modo de las novelas de Miró o Ayala, como estereotipos. Escolares glotones o groseros como Benito Garrigós, que remite a Senabria o a Coste de las novelas de Miró y Pérez de Ayala respectivamente, y cuyas actuaciones producen indudables efectos humorísticos (apodado como el *Ballena*, en el paseo de los jueves se convierte en protagonista al quedar atrapado en el fondo de una cisterna (pág. 99), rompiéndose más tarde la «culera» del pantalón por exceso de peso) y, en cualquier caso supone el contrapunto de los «artistas» como Gonzalito y sus compañeros de terna, particularmente Víctor Sierra, mallorquín también como el Bellver mironiano¹⁶. En este caso, Víctor Sierra, señala el narrador, es hijo del gobernador civil de Palma de Mallorca. O alumnos como Ramírez, sonámbulo, que se escapa del colegio y recibe el castigo adecuado, sin ensañamiento.

No faltan los episodios escolares nucleares de toda novela de educación jesuítica, como es el de la «entrega de dignidades», con asignación de cargo al

¹⁶ Entre los compañeros escolares se reproduce una tipología que incluye efectivamente el «glotón», cargado de humorismo. A tal esquema obedece también Grasilla en la novela de Sainz de Robles; e incluso, el episódico Manolo, en *El convidado de papel*, 1928 (Benjamín Jarnés, *El convidado de papel*, edición de José-Carlos Mainer, Zaragoza, Guara Editorial, 1980). En estas novelas tienen cabida otros estereotipos, como el alumno desaplicado o el experimentado en relaciones sexuales.

escolar protagonista y con las inevitables recitaciones poéticas¹⁷. Y el todavía más significativo de los ejercicios espirituales, presentado intencionadamente como contrapunto de lo que supone siempre este pasaje en las otras novelas antijesuíticas de la serie¹⁸. Funciona como el desencadenante de una vocación seria en el muchacho, y se inserta como colofón del aprendizaje escolar del Bachillerato, que pone el sello definitivo a la transición de niño a hombre:

Porque si algo le faltaba para acabarse de convencer a sí mismo de que, en efecto, sentía una verdadera vocación para la vida espiritual, hallólo en aquellos días de absoluto retiro, a solas con Dios y con su conciencia, en que no fue otro su trabajo, que el de estudiar minuciosamente los últimos repliegues de su «yo» (pág. 175).

Como en las otras novelas, las vacaciones escolares suponen la ocasión de encuentro con familiares o favorecen el aprendizaje del amor. En este caso, la sublimación de un amor adolescente con *Tineta*, durante los cuatro meses de verano sabroso en torno a la casona familiar, en medio de inocentes juegos a «ser misioneros juntos»¹⁹. No faltan, en fin, los estudios, los exámenes, la prueba de ingreso en el instituto, salvada con éxito hasta por el peor de los estudiantes²⁰. Y, por supuesto, el bosquejo de los distintos tipos

¹⁷ En *A.M.D.G.* se ridiculizan las declamaciones poéticas y otras actividades literarias afines. En *Mario en el foso de los leones* encontramos asimismo barcarolas ridículas y poemas deleznales.

¹⁸ Joyce en su *The portrait of the artist as a young man* insiste en la narración morbosa de los pormenores de esta práctica religiosa. Pérez de Ayala concede a la descripción de los «Ejercicios Espirituales» importancia capital, expresada gráficamente a través de un paratexto llamativo, con un capítulo situado en la parte central de la novela, bajo el rótulo «Vive memor Lethi», alusivo al tema de la muerte como motor de la edificación interior en la pedagogía jesuítica. El capítulo inserta los apuntes de que se vale el director de los Ejercicios, el padre Olano. Igualmente el relato de Miró, *El Señor Cuenca y su sucesor (Enseñanza)* escenifica de forma tenebrosa el teatro del horror de los ejercicios espirituales, momento en el que los educandos «se pierden» y gritan durante el momento de las plegarias, como estímulo reflejo ante el silencio que se les impone. Este último relato corto presenta fecha inicial de 1908, pero aparece publicado por primera vez en *Los lunes de El Imparcial*, el 25 de noviembre de 1911 para quedar integrado como una parte del *Libro de Sigüenza* en 1917.

¹⁹ Las vacaciones constituyen el momento propicio para la aventura erótica, rememorada a menudo durante el periodo académico. Se trata de una marca de las novelas de internado, y presenta una consideración que oscila entre la cruda aventura sexual prostibularia narrada en *A.M.D.G.*, o en la novela de Azaña de 1927 (Manuel Azaña, *El jardín de los frailes*, Madrid, Alianza Editorial, 1981); o *El convidado de papel* de Jarnés, al tratamiento matizado con componente de educación sentimental, como en *Tarín*, en *Pedrito de Andía* (1951); en *Niño y Grande* o en *Los caballeros de Loyola*.

²⁰ El acto de los exámenes finales de junio celebrados en el instituto, y con estudiantes procedentes de colegios privados, aparece con alguna frecuencia en este tipo de novelas. Por ejemplo, en *Los extraviados de Tony (Confesiones amorales de un colegial ingenuo)* de Álvaro Retana, Madrid, Biblioteca Hispánica, 1919, 2.^a ed.

de profesores; bien es cierto, que, dada la intencionalidad de la novela, se ahorra al lector la sátira caricaturesca *ad hoc*.

Interesa sobre todo explicar bien las funciones asignadas a los distintos cargos profesoriales, el más importante de los cuales, dentro de la estructura de la novela, es el perfil profesional del Padre Benavente, confidente de Gonzalito, con la marca de coadyuvante en el camino formativo del discente²¹. Reputado hombre flexible, adecuado para su cargo y con vocación firme de misionero, tal y como se constata en la parte final de la novela (capítulo once), a través de la carta que este padre envía a Gonzalo en la que le hace saber la marcha de misiones a la India, aparte de confesarle que él ha sido su escolar predilecto. Así se dibuja por parte del narrador el perfil de su cargo de Padre Prefecto en el colegio, antes de marchar misionero:

Ha de estar en todas partes: ropería, camarillas, brigadas, clases, comedor, recreos... todo pasa a diario por su mano. Es una inspección continua y escrupulosa. Luego la dirección de los estudios, que pesa entera sobre él, y cuenta usted que ha de ser un hombre competentísimo, porque en ocasiones ha de investigar la labor no sólo de los alumnos, sino también la de los profesores. Además, tiene que atender a la correspondencia de las familias de los chicos y a las visitas (...) de aquí que el Prefecto de uno de estos colegios ha de ser, a más de un sabio o poco menos, un hombre de mucha pupila, de mucho trato social, muy simpático... Y, sobre todo, muy diplomático (pág. 49).

Otros profesores de menor relieve como el Hermano Enfermero (que también aparecía en las novelas de Miró y Pérez de Ayala); el Padre Sáez, al que se encomienda la tarea de ser «inspector de brigada»; o el Padre Castaños, que, con el anterior, aparece metido en faena, en los imprevistos sucedidos a los niños durante la noche. El Padre Castaños, «inspector de noche», aparece construido con un perfil bonancible, que quiere a los niños, ordena filas y cuenta anécdotas amables de las Misiones.

El Padre Castaños les reunió junto a su tarima y empezó a contarles peripecias y sucedidos de las Misiones. Él había sido misionero, allá en un rincón de la India inglesa, pero su falta de salud le obligó a regresar a España. Contaba cosas interesantísimas: penas, fatigas, privaciones, molestias físicas, peligros horrorosos, angustias espirituales y costumbres de aquella pobre gente que no conoce a Dios. Los niños le oían con la boquita abierta, todo oídos, y cuando acababa su narración le hacían entrega de los sellos que recogieron durante las vacaciones (págs. 73-74).

²¹ Otro elemento caracterizador del subgénero es, en efecto, la puesta de relieve del personaje «profesor excepcional», apestado de la congregación, amigo del escolar en apuros, y con funciones narrativas de «auxiliar» al modo de el Padre Atienza en *A.M.D.G.*, o Salguiz en *Niño y grande*.

El Padre Sáez, mucho menos dotado pedagógicamente, se muestra, sin embargo, diligente para remediar los apuros de los escolares:

El segundo inspector, un vasco alto, grueso, parco de palabras y brusco de modales, a quien los niños temían un poco, a pesar de ser en el fondo un infeliz de quien abusaban los pequeños en ocasiones armando «follón» en el estudio. El Padre Sáez no era nadie no obstante su aparatoso aspecto de ogro amenazador, pero tan poco comunicativo y tan serio, que los chiquillos se mantenían a distancia (pág. 84).

Personajes ambos caracterizados como tipos (el bueno y el malo), que conversan en ocasiones sobre principios pedagógicos, y cuya dedicación a los alumnos se salda con palabras encomiásticas por parte del narrador:

No. El Padre Castaños sostendría siempre ante el Padre Sáez su principio de restricción pedagógica: «A todos los chicos no puede darse igual trato espiritual». Pero como el bueno del Padre Sáez no entendía estas triquiñuelas complicadas, contentábase con vigilar a los pequeños celosamente, cuidar de que comiesen cuanto tuvieran gana, de que no se acalorasen demasiado en el fútbol y de que estuviesen bien arropados en su camita (pág. 85).

O el Padre Góngora, del que obtenemos una viñeta de su clase de Matemáticas, aplicando un castigo al inefable *Ballena* (págs. 88-89). Los profesores son, pues, en todo momento coadyuvantes en el camino formativo del escolar, a quien, a pesar del final incierto, se le adivina un futuro de recio compromiso religioso²².

Tesis pedagógica

Las actuaciones de los distintos tipos profesoriales van siempre soldadas a la glosa de la argumentación pedagógica que vertebra toda la historia. Importa al narrador desde el primer capítulo desmontar uno a uno los argumentos que la tradición literaria antijesuítica presenta como carga de prueba para la impugnación de los modos pedagógicos de la orden. La «leyenda negra», sintagma recurrente, es invocada sistemáticamente por las instancias narrativas en las que descansa la tesis pedagógica; principalmente, el narrador omnisciente que, con su ímpetu, no deja posibilidad alguna para la aparición de la memoria escolar en primera persona, y que, en última

²² A diferencia de lo que ocurre en toda esta narrativa antijesuítica, que presenta como marca recurrente un conjunto de profesores a modo de bloque oponente. En toda esa literatura, además, las instancias editoriales, al contrario de lo que sucede en la novela de Pérez y Pérez, insisten en señalar los procedimientos antipedagógicos de los maestros para con los discípulos.

instancia, marca el fuerte tono de tesis de que está imbuida la novela. Pero también, personajes como la marquesa, madre de Gonzalito, ponderada por los profesores-clérigos. O, sobre todo, el tío Don Cristino, benefactor y escritor, cuyo mundo familiar de nobleza militar casa perfectamente con el espíritu jesuítico. El tío se convierte en un trasunto del propio autor quien, como aquél, «toma su pluma elegante y castiza contra los detractores de la patria» (pág. 25).

En el capítulo tercero, «La primera visita Santo Domingo» se rebate la idea del internado y de los profesores como cárcel y como lobos, respectivamente, tal y como se traslada en las otras novelas²³. «Puedes fijarte bien en todo lo que veas en Santo Domingo, y así te harás cargo de que el colegio no es una cárcel» (pág. 36). Una vez cumplimentada la primera visita de reconocimiento al establecimiento, y aun intuyendo sufrimientos venideros, corrobora que los jesuitas, lejos de ser «lobos», son «caballeros del ideal», en consonancia con el título de la novela: «Gonzalito se siente nervioso, excitable, impresionable; pero en el fondo de estas impresiones late una seguridad y una confianza de que antes carecía. Los jesuitas no son lobos; en el colegio no se comen a ningún chico» (pág. 51).

Se destaca también desde el principio que en el colegio «se come bien», y no son pocas las viñetas en las que observamos a Garrigós engullendo a dos carrillos su panecillo con el tazón de chocolate y de café con leche (pág. 83). Se insiste en que los profesores no quieren nadie a la fuerza, dado que es establecimiento no es un correccional, sino un colegio (pág. 87). El narrador omnisciente se faja una y otra vez, a través de argumentaciones y contraargumentaciones, en rebatir objeciones que la literatura antijesuítica ha convertido en lugares comunes. Se defiende, por ejemplo, la puesta en práctica por los Padres de la «enseñanza personalizada»:

¿Cómo es posible que, pese a los principios igualitarios de la pedagogía del colegio, fuesen medidos aquellos diferentes individuos por el mismo rasero? Podrían ser modelados todos en el molde de la Compañía, aplicarse a todos el mismo reglamento, el mismo sistema de educación, los mismos preceptos generales de estímulo y penalidad, pero en su trato particular con cada alumno, el Inspector (más directamente encargado de la formación de los chicos que de los profesores, cuyo cometido es puramente intelectual) forzosamente había de emplear normas distintas según la categoría de cada niño (pág. 85).

²³ Es en la novelística naturalista de internados donde se acuña definitivamente un espacio docente visto como cárcel, en el que siguen insistiendo los novelistas de las primeras décadas del siglo XX, aunque en estas últimas narraciones pueda atenuarse algo el rigor del espacio opresivo.

Rebate la imputación de los malos tratos a los escolares, al sentenciar que no es costumbre de los jesuitas atropellar si de palabra ni de obra a los alumnos, «aunque tal hayan querido decir quienes o los desconocen completamente porque no se educaron con ellos ni los trataron, o, ingratos, no contentos con olvidar los grandes favores que recibieron del colegio, descienden hasta la vil calumnia» (pág. 85). El narrador reputa la pedagogía jesuítica como moderna «que no tiene un ápice de arcaica o de fósil» (pág. 100). Las delaciones denunciadas en las otras novelas no son tales: como consecuencia del buen trato del profesor, puede surgir de modo natural la «confidencia» del muchacho. «El jesuita (Padre Benavente) tenía una habilidad exclusiva para sacar a los muchachos todo lo que él quería saber. Provocaba las confidencias con una táctica especial, en la que dominaba el cariño; y el alma de los escolares descansaba después de la confesión» (pág. 100)²⁴.

La Marquesa corrobora, tras su visita a Gonzalito, los valores pedagógicos que empiezan a surtir efecto extraordinario en el buen esculpido de su hijo:

Había tan sincera dicha en los ojos del niño, tan vehemente y expansiva alegría en todos sus gestos, que la Marquesa aquilató una vez más que el cariño de los colegiales hacia sus familias no se mermaba lo más mínimo, que los brotes espontáneos del carácter eran cosa intangible en aquel taller de educación y que la libertad del niño y todas sus perspectivas personales seguían siendo consideradas y respetadas con reverencia casi santa. Ni había rigidez ni hermetismo, ni hipócrita desconfianza. No había ningún fantasma de éstos, no. (...) Allí estaba el niño con su alegría sana, ruidosa y expansiva, con su viveza y vehemencia en la expresión de los sentimientos, con su afecto aumentado por la ausencia, pero nunca menoscabado por la influencia jesuítica (págs. 107-108).

La línea argumental tiene su momento culminante en la tertulia de verano habida en la casa solariega entre los marqueses y algunos amigos de «alta alcurnia» como los condes de la Mola, el notario, el médico y un pariente, catedrático de pedagogía de la Escuela Superior de Magisterio, don César Valdés, descrito como «un señor alto, enjuto y de fisonomía muy inteligente,

²⁴ Todo lo contrario de lo que se plantea, por ejemplo, en la novela *Jesús* de Dionisio Pérez, donde hay «casos de depravación de jesuitas»; «espionajes y delaciones»; «expolio de dinero y bienes a manos de confesores» que cultivan la amistad de las «madreselvas» (una de ellas es la tía del protagonista). O bien en una novela de formación literaria como es *La araña negra* (1892), de Vicente Blasco Ibáñez (Sevilla, Renacimiento, 2007), folletín antijesuítico, ambientado en la primera parte del siglo XIX (de 1820 hasta la Primera República): allí se compara a los jesuitas con las arañas que van tejiendo su red hasta paralizar y engullir finalmente a su presa.

y de vastísima cultura» (pág. 118). Es además portavoz de la tesis reprobatoria de los modos pedagógicos jesuíticos, ampliamente aceptada por un sector importante de la sociedad española, y sancionada ahora, por medio de un portavoz cualificado. Precisamente por eso, el fuego cruzado entre las dos partes tiene un valor altamente significativo dentro de la estructura de la novela, al saldarse con victoria neta del bando jesuitófilo.

El catedrático impugna la educación de los internados, en primer lugar, por «las malas condiciones de higiene y alimentación de que suelen adolecer en general los colegios, sobre todo en España» (pág. 119). Tesis ésta rebatida por el médico. En segundo lugar, la voracidad de los padres para «cazar» a la «gente bien». Los alumnos de los «ignacios» son millonarios o aristócratas. En tercer lugar, el sistema pedagógico de la *Ratio Studiorum* es el peor de todos los sistemas, en tanto que mutila la naturaleza del niño para hacer de tantos seres diferentes una unidad compacta y homogénea (pág. 120). Es decir, mientras que los jesuitas siguen aferrados a normas fósiles y rutinas, los nuevos métodos tienden a respetar al niño, dejándole una libertad discreta. A continuación, los defensores de la pedagogía jesuítica, heridos en su susceptibilidad, desmontan con eficacia, siempre otorgada por el narrador, tales impugnaciones. Tanto el Conde de la Mola como el de Llimiana, antiguos colegiales jesuitas, dan testimonio de su grato y amable recuerdo de su educación.

La última imputación es «uno de tantos tópicos gastados». «¿Qué tiene que ver que el reglamento de un colegio obligue a todos por igual para que el carácter, el pensamiento y el sentir no sean los mismos?» (pág. 120). La vigilancia estrecha es necesaria, arguye doña Magdalena, la Marquesa, en la educación doméstica, cuánto más en la académica (pág. 121) y el propio catedrático concede que no es cierto que se apliquen castigos aflictivos con látigos o palmetas, aunque sí se perpetra el continuado azote moral, ante el niño Gonzalito que da testimonio con su presencia de la bondad de la pedagogía de los padres jesuitas. Con todo, el escolar impresiona favorablemente al catedrático: «Este niño llegará lejos» (pág. 125). La tesis queda reformulada en los siguientes términos: «La disciplina jesuítica es una gran preparación para la vida, porque la vida tiene su engranaje formado por sociedades entre las que hemos de movernos, y para vivir entre hombres hay que meterse muchas veces el genio en el bolsillo» (pág. 124).

La novela termina con un héroe que manifiesta una firme vocación de convertirse en misionero jesuita; y, sin embargo, por el momento, no puede llevar a buen puerto su vocación, porque la madre se opone tajantemente, a pesar de la mediación «razonable» del tío quien, con su relato de recuerdo de su pasado, pretende enseñar que no es conveniente torcer las vocaciones sinceras. El muchacho, no obstante, estudia Derecho, en un primer momento

a disgusto, pero luego, tras recibir carta del Rector Gándara, con más sosiego. Es decir, los padres jesuitas, a pesar de que la vocación del chico era firme, no han ejercido ninguna presión a la familia; y, sabiamente, parece querer indicar el narrador, dejan que la situación se decante por sí sola. Final, en definitiva, que cumple una vez más la función de mostrar que las imputaciones de captar vocaciones de aristócratas por medio de malas artes no son ciertas.

Espacio y tiempo al servicio de la tesis

El tratamiento de los elementos estructurales del relato, tiempo y espacio, viene también subordinado a la tesis pedagógica defendida, al quedar más ensanchados y flexibilizados que en la serie antijesuitica. Si el espacio era cárcel asfixiante en el que se disolvía el estudiante, o contrapunto para ponderar la pérdida de los valores naturales de espontaneidad y libertad, simbolizados en el paisaje exuberante (Miró), aquí no es tal. Siempre queda a salvo el nexo con la familia y con el exterior²⁵. De ahí que el autor subraye los momentos de las visitas, el disfrute de las vacaciones, los viajes en automóvil de lujo desde Marafí a Orihuela, y exalte también el paisaje levantino exuberante, como una parte más del conjunto armónico que se pretende trasladar al lector. Todo ello, respetando la importancia del establecimiento docente como espacio de convivencia y de formación en el que se forja el tránsito del niño al hombre.

Receptáculo, en definitiva, que acoge momentos difíciles (la pataleta primera de Gonzalo), pero también sus luces, con momentos de crecimiento y de perfección humana, gracias a la sabia pedagogía que administran, según el narrador, los padres jesuitas. De ahí que la alusión a las Misiones en Oriente, evocadas con ironía por Miró, sirvan aquí para ponderar la altura de miras que anima a la Compañía, y para ensanchar horizontes, evitando la sensación de espacio reducido. El mismo final abierto (el novelista le da continuación en una segunda entrega con el título *La gloria de amar*) apela a la consecución de la primera meta educativa propia del *Bildungsroman* canónico. A partir de ese momento se abren inmensas posibilidades en el joven protagonista.

El uso del elemento del tiempo permite la inserción de los hitos significativos del primer día de clase, las vacaciones, el reparto de premios, las

²⁵ Algo de eso acontece en las novelas de Azorín, *Las confesiones de un pequeño filósofo*, y sobre todo de Sánchez Mazas, *Pequeñas memorias de Tarín*. El diario del curso escolar, queda subsumido en un ejercicio retrospectivo de mayor alcance. Los episodios académicos se insertan en un todo más sugestivo, integrado por la vida familiar, más allá del núcleo básico, con el recuerdo de momentos de convivencia con otros parientes.

visitas; todo ello sin contravenir la pauta que le proporciona el género. Por eso concede mucha importancia a la glosa del primer curso escolar que sirve como modelo de los que pueden venir; en efecto, en esta novela se extiende hasta los siete cursos que son necesarios para que Gonzalo se convierta en un bachiller con proyección (de los once a los diez y siete años); y, claro está, el resto se narra con más agilidad, recurriendo a la elipsis. No hay fracaso educativo y no tiene justificación la salida brusca que se da en las otras novelas²⁶. Aún así, cobra importancia el tema de la vocación enfrentada al amor hacia su prima Tineta²⁷, con la que mantiene experiencias religiosas inocentes y bellas. Finalmente la madre, con su oposición a que el mozo se haga cura, precipita la novela (y su continuación de la segunda entrega) hacia el tono folletinesco, inevitable ya a partir de este momento en las obras de Rafael Pérez y Pérez.

Conclusión

Se trata de una novela que maneja con cierta soltura el dato histórico y una cierta documentación para rellenar el esqueleto novelesco basado en el modelo clásico del *Bildungsroman*, con importancia del espacio del internado religioso. Y aunque el autor, incluido, por ejemplo, en la *Literatura española contemporánea 1898-1950* de Chabás²⁸ como un escritor digno de pasar a la historia literaria, se muestre lejos del nivel literario alcanzado por los Miró o Pérez de Ayala, *Los caballeros de Loyola* está planteada como antídoto de las novelas de aquellos escritores en la resaca de la polémica jesuítica desatada tras la publicación de *El obispo leproso*, y como tal contiene elementos recurrentes, evidenciando así la fortaleza de la modalidad de este grupo de novelas. Aun así, falla el expediente de diario o de cuaderno de notas autobiográficas con que, en mayor o menor grado, aparece en las muestras del género comentadas. No cabe duda de que este hecho decanta definitivamente la novela del lado de la tesis pedagógica, conectada además a una cierta exaltación de valores eternos de *raza* y *patriotismo*, encarnados en la

²⁶ La interrupción brusca del curso escolar por parte del adolescente protagonista aparece como marca sistemática en la novela pedagógica naturalista y en casi todas las producciones posteriores que tienen como escenario el colegio de jesuitas o el seminario. Por ejemplo, *A.M.D.G.*, de Pérez de Ayala o *El convidado de papel*, de Benjamín Jarnés.

²⁷ *Pepita Jiménez* es lectura de cabecera de alumnos de los internados evocados por Azaña o por Benjamín Jarnés en sus novelas *El jardín de los frailes* y *El convidado de papel*. Luis Santullano (1879-1952), Inspector de Primera Enseñanza y pedagogo da cuerpo asimismo al tema de la vocación religiosa al modo de *Pepita Jiménez* en *Bartolo, o la vocación*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936. Algo de eso hace Pérez y Pérez en *La gloria de amar*.

²⁸ Ver la edición de este manual al cuidado de Javier Pérez Bazo (Juan Chabás, Madrid, Verbum, 2001). Por su parte, Eugenio de Nora en *La novela española contemporánea*, vol. 1, Madrid, Gredos, 1973, pág. 429, se refiere a nuestro escritor como «maestro y periodista».

defensa de las enseñanzas nobles de la familia de los marqueses²⁹. El tío, en este sentido, desempeña un papel educativo importante. La novela se inserta así dentro de la polémica literaria jesuítica, en el lado de sus defensores. Tal y como sucede con la novela de Sánchez Mazas, *La vida nueva de Pedrito de Andía* (1951), que sitúa la educación jesuítica del personaje en Orduña durante los años veinte³⁰.

²⁹ Como señala Dolores Azorín: «Las novelas de Pérez y Pérez ofrecían al público, aparte de la consabida intriga amorosa, el aditamento de lo hispánico, *mise en scène* de los mitos, arquetipos y modas que informaban la vida de las burguesías españolas de la anteguerra; mitos y comportamientos que, tras la contienda civil, pasarían a generalizarse como modelos oficiales, lo que contribuyó a aumentar la capacidad de alcance de las obras del escritor alicantino» (*op. cit.*, pág. 41).

³⁰ Novela ésta de calidad en la que un narrador en primera persona evoca con las vivencias enriquecedoras del verano de 1923, periodo crucial para el desarrollo del muchacho. Se toma en consideración ese breve lapso temporal, en tanto que la intensidad de lo vivido en él es determinante para la maduración del hombre en ciernes que es el protagonista. Como sucede en *Los caballeros de Loyola*, el adolescente discente Pedrito de Andía sale reforzado de aquel verano y tiene en su horizonte la perspectiva de una vida nueva y prometedora. En esa misma línea pro jesuita se sitúan las novelas de Zunzunegui, *¡Ay... estos hijos!* (1943) (*Obra selecta*, Madrid, Minotauro, 1958). Y la de Martín Vigil, *La vida sale al encuentro*, publicada en México en 1955.